

—¡ Me ama! Juan no me ha dicho una palabra de amor..... Me distingue, me obsequia, me prefiere á Margot.... y ¡ nada más! ¡ Acaso mi desventura le causa lástima!

—¡ Bien, Lena!... ¡ No hablemos más de esto! ¡ Oyeme! Te ruego que me escuches dócilmente, sin esa rebeldía que constituye el fondo de tu carácter; rebeldía que siempre ha sido para mí causa de inquietud, lo mismo que para tu padre.....

—Siempre me acusa vd. de rebelde y de voluntariosa, como si constantemente me opusiera yo á obedecer á vd. y á seguir sus consejos..... No me han comprendido ustedes. Yo soy buena, sumisa, ¡ vaya! ¡ hasta dulce de carácter! ¡ Todos lo dicen, todos lo cuentan, todos me lo repiten!

—Nadie dice lo contrario, hija mía.... pero, preciso es decirlo, á veces.....

—¿ A veces qué?.....

—A veces, cuando en ti está contraria la alguna pasioncilla.... no aceptas consejo ni advertencia..... Mira: te voy á hacer una pregunta, una sola, una y nada más... pero á condición de que me respondas sinceramente.

—Pregunte vd., mamá.

—¿ Vas á contestarme la verdad?

—Sí.

—¿ Nada más que la verdad?

—Nada más.

—¿ Eres conmigo tan franca y sincera como tu hermana?

—Sí.

—¿ Me confías cuanto piensas y sientes, como ella lo hace?

—Ya van dos preguntas.

—¡ Y cien que fueran, hija mía! ¿ Niegas á tu mamá el derecho de hacértelas?

—No; pero.....

—En mí debías de ver á tu mejor amiga.

—Me dice vd. eso, porque yo no soy como Margot, que tiene muchas amigas, á quienes dice todo; y á vd. le consulta cuanto le ocurre y cuanto piensa hacer....

—Sí; y así debías hacer tú, criatura. Una madre nunca da un mal consejo.....

—Pero, mamá.... ¡ Si yo nada tengo que consultar!

—¡ Me ocultas algo, Elena!

—Nada oculto.

—Margarita me ha confiado la inclinación que le demostraba Alfonso.

—¿ Y nada más eso? ¿ A que no le ha dicho á vd. que ya son novios?

—Ya lo sé.

—¿ Y quién lo ha dicho?

—Margarita.

—¿ Y aprueba vd. esos amores?

—No los repruebo..... aunque preferiría que no existieran.

—Es mucho decir.... cuando Alfonso es el preferido de todos en esta casa.

—Alfonso no es un mal muchacho....

—¿Y Juan?

—Juan, hija mía.... ¡Te lo diré, porque es preciso, y porque tú no se lo dirás! Juan no me gusta.. Su vida es muy disipada...

—¡Qué empeño en hacer de Juan un caavera y un perdido.....!

—¡Tanto así no he dicho, criatura! Ese muchacho, ¡los mismos de su casa lo dicen! está acostumbrado á la vida libre de París!

—Alfonso también.

—Acaso.... Pero es lo cierto que nada tenemos que echarle en cara....

—¿Y á Juan?

—A Juan sí.

—¿Qué cosa?

—Sus galanteos á la cómica esa....

—Nada tienen de particular esos obsequios....

Doña Dolores observó en el semblante de la ciega una viva contrariedad; una contrariedad penosa que se reveló y se hizo patente en el gesto de la joven.

—Vamos, Elenita. Si tú fueras novia de Juan....

La ciega sonrió dulcemente. Doña Dolores concluyó:

....—¿verías con indiferencia los obsequios de Juan á esa mujer...? Responde-me.

—Si fuera novia de Juan, no. ¡Pero como no lo soy!

—Y si hoy, mañana, cualquier día.... Juan te dijera que te amaba ¿qué le responderías?

—No lo sé.

—¿Te es agradable?

—Sí, mamá.... ¡á qué negarlo!

—¿Llegarías á amarle?

—Tal vez.

—Pues, hija.... cierra tu corazón á ese afecto. Ese hombre no es para ti.... ¿Has advertido la ligereza de su carácter? ¿Te has dado cuenta de que para él no hay nada respetable? ¿Te has dado cuenta de sus ideas morales, de su falta de corazón, de sus ideas religiosas?....

—No, mamá. ¡Pobre Juan! No le conceden ni una sola cualidad.... Ni Pablo se la concede....

—Por algo será.

—Juan no es malo.... pero á fuerza de decir que lo es, han de conseguir que no sea bueno.

—Nadie le dirá nada.

—¿Y por qué apruebas, ó, al menos, toieras los amores de Margarita con Alfonso, y te repugna que Juan.... vamos, que Juan fuese mi novio?

—Por lo que tengo dicho.

—Pero, mamá... ¿no me basta con la desgracia de ser ciega? ¿Todavía se quiere que cierre yo mi corazón á un noble y sincero afecto?

Los ojos de la ciega centellearon húmedos. Doña Dolores se acercó á ella, la abrazó tiernamente, le dió un beso en la mejilla y díjole con voz empapada en lágrimas:

—¡Alma mía... no! ¡Deseo tu dicha y tu felicidad!

A la sazón llegaban Margarita y Ramón en compañía de Concha Mijares.

—¡Lolita!—exclamó ésta al entrar.— Hemos hecho todas las compras! Venimos de la casa de don Juan... ¡Qué amable es la señora! ¡Y María es muy amable! ¡Y el señor muy obsequioso!

Y agregó entre seria y jovial, con alegría de niña mimada:

—Y los primos... ¡qué guapos!



LVI.

No bien hubo partido el coche en que se fueron con Pablo las tres señoritas, doña Dolores se arrepintió de haber dado su consentimiento para que sus hijas asistieran á la Opera. Y pensaba:

“Aquí nadie conoce á las muchachas, como no sean unas cuantas personas, las cuales, de seguro, no estarán en el teatro. No temo la desaprobación de nadie, porque nadie desaprobará que reciente como está el fallecimiento de Eugenia, las niñas hayan dejado el luto, y anden ya en fiestas y espectáculos; pero lo cierto es que no estoy contenta de mí; he sido débil en ceder á los deseos de mis parientes y á las súplicas de Concha! ¡Pero qué

lora es esta criatura! Apenas ayer conoció á la familia de Juan y ya tiene en aquella casa suma confianza. ¡Ni mis hijos ni yo nos atreveríamos á tanto como ella! Con Juanito y con Alfonso trata como si fuesen viejos amigos. Pero, en fin, ¡no hay mal que por bien no venga!... Juan galantea á Conchita y ésta se deja galantear de mi sobrino! ¡Mejor que mejor! Esto servirá muy oportunamente para que ese muchacho me deje en paz á Elena.... La pobre niña se ha interesado por su primo.... Y yo me lo explico muy bien. Su desgracia la separa y aleja, en cierto modo, de la vida de su hermana. Nunca había escuchado una palabra amorosa, porque, como es natural, nadie, por lástima ó por respeto, ó porque hay cosas que son imposibles, ha puesto en ella ese afecto que une dos corazones y enlaza dos almas y las obliga á dejar á padres y hermanos para encender un nuevo hogar y crear una familia. Lena no ha tenido más que el cariño de la familia y de sus amigos, cariño profundo, á no dudarlo, pero que lleva en el fondo algo ó mucho de penoso y compasivo interés. Juan es listo.... En su trato y en su conversación con Elena huye hasta de la más leve idea que recuerde á la niña su infortunio y su desgracia.... A esto une cierta delicada predilección que ha cautivado á mi pobre

hija, y ésta le ama.... sí, le ama! Pero este amor será para la desdichada niña fuente de grandes dolores, de penosos días, de inagotables amarguras.... No hay en Juan la alteza de carácter y el profundo sentido moral que fueran del caso para que ese mozo uniera su destino al de una joven bella, bellísima, porque mi hija lo es, pero incapaz por su ceguera de brillar y lucir. ¡Cuánta abnegación necesita un hombre para hacer la compañera de su vida, y la madre de sus hijos á una ciega!.... Además mi sobrino es vanidoso y ligero; es un muchacho sin juicio, sin hábitos domésticos, sin amor al trabajo (que no por ser rico no debe amarle,) y dado á la alta vida disipada, á las fiestas, á los teatros.... Es preciso matar en Elena esa pasión naciente, ese amor que me parece tremendo y fatal, y que crece y crece cada día en el silencio y en la obscuridad. Elena ama á Juan. Creo, como lo afirma mi hija, que Juan no le ha dicho aún ni una sola palabra amorosa.... pero lo que hasta hoy no ha dicho lo dirá mañana, ó habrá boda, y la niña llorará bien pronto tristes desengaños.

Es preciso tomar consejo. Voy á escribir al P. Anticelli."

Y la buena señora se puso á escribir.

Concluida la carta, la cual no fué corta, doña Dolores llamó á Filomena, y le dijo:

—Ven, mujer. Recemos el santo rosario.

Después de la una de la mañana llegaron las niñas, acompañadas de Ramoncito.

—¿Y Pablo?—preguntó la dama.

—Nos dejó al salir del teatro, y se fue con Juan!—contestó Margarita.

—¿Siempre lo mismo!—respondió la madre tristemente. ¿Os habéis divertido?

—¿Mucho! ¿Mucho! ¿Qué encanto! Lolita; que nos den una taza de té.... Los muchachos querían llevarnos á la "Maison Dorée"....

—Pero yo no quise porque era ya muy tarde....—agregó Margarita.

Filomena había servido el té, mientras las muchachas andaban por el tocador. Pronto estaban en torno de la mesa.

—¿Sabe vd., Lolita?—rompió á charlar Conchita Mijares.

—¿Qué, hija mía?

—¿Sabe vd. quién estaba en la Ópera y nos fué á saludar á la platea?

—¿Quién?

—Mi ex-pretendiente....

Margarita, Elena y Ramoncito reían.

—¿Quién de tantos?—respondió dulcemente la dama.

Concha hizo un gestecillo malicioso y agregó:

—Samuel Trabanco.

—¿Y qué hace aquí ese loco?

—Trata de erigir monumentos á los hombres célebres mejicanos.... A las celebridades vivas.

—Calla, muchacho; ¿á qué recordar esas tonterías?

—También—prosiguió el chico—trata de medrar y prosperar á la sombra del episcopado....

—Iba de lo más guapo.... Muy atacado con el frac. Pero no ha variado....

—¿Qué ha de variar! El mismo coramvóbis y la misma prosopopeya! El mismo tono de misa solemne, como si entonara el prefacio! Y ese aspecto entre profano y levítico....

—Sí—interrumpió Ramón;—como algo que no es de carne ni pescado.

—El mismo de siempre!—siguió diciendo Conchita Mijares.

—Ahora le ha dado por que está emparentado con las más altas personalidades políticas, y no se cansa de decir que goza de la confianza del Delegado Apostólico; que Monseñor Fuentes tiene en él un firme y sabio consejero, y que el Sr. Arzobispo...

—¿Calla, Ramón!...—exclamó la señora.

—¿Por qué, mamá? La verdad debe decirse....

—No.

—Vea usted, mamacita; yo no digo men-

tiras. ¿No es verdad que Samuelito Trabanco revolvió en Villaverde todo, todo, todo? Que sembró cizaña en la cristiana y católica grey? ¿Que impulsó al Obispo á hacer desatinos? ¿Que puso odios entre los clérigos, rencores entre el Pastor y las ovejas? ¿Que luego, con motivo de no sé qué negocios mercantiles, hizo mil tonterías? ¿Que después..... ¡Vamos! ¡Con decir que acusó al P. Doyagüe, su confesor, ¡un santo sacerdote! de haber violado el sigilo sacramental!

—¡Silencio y no hables más, Ramón!

—¡Bien!... ¡Pues callaré!

—Sí; y hablemos de otra cosa.... ¿Y la ópera?

—¡Muy buena, mamá!

—¡Qué linda es Aída!—exclamó la monologuista. ¡Y qué bien que Samuel Trabanco imita á las cantantes! Ahora en el antepalco nos hizo reir mucho. ¡Con qué facilidad imita y remeda á todo el mundo! ¿Le oyeron ustedes remedar al Sr. Arzobispo?

—Según veo, sigue ese muchacho sus inclinaciones de bufón...—dijo gravemente la señora—no hablemos más de él. Vaya, hijas mías: ¡á dormir, que á poco nos sorprende aquí la luz del día!

—Sí—exclamó levantándose Ramoncillo;—pero conste que Samuelito Trabanco

no ha variado de carácter, y, guarda, que estados mudan costumbres, y que sigue siendo bufón de ricachos y de obispos! ¡Buenas noches! Digo.... ¡buenos días!



no ha variado de carácter, y cuando que
estados mudan costumbres, y que si
siendo buñón de riachos y de obispos
! Buenas noches! Digo...! buenas días!



muñy salameta don Juan, don Juan, don Juan
María estaban encastados con el carácter
ligero y bullicioso de la muchacha. Supie
ron que era pobre, y la comaron de aca
ciones y de obsesiones. Tavo vestidos, guan
tes y sombrerillos que María y don Juan
mente regalaban; don Juan la obsesión con
unos pendientes de nictas; Juan le mandó
pa dulces y flores. Alfonso se mos
tro habivo con la joven a quien ofreció
ricamente encastados a don Alfonso

LVII

Terminaba septiembre, y la familia de
Conchita Mijares la llamó con insisten
cia, indicándole que regresara con algunos
paisanos que de un día á otro debían vo
yer á Pluviosilla; pero la monologuista está
a muy bien hallada en Méjico, y ya no se
acordaba de su Oscar, de quien la chique
la se decía perdidamente enamorada.
"Este es mi último amor!—repetía el día
de su llegada, contando á Margarita los en
cantos de "aquel idilio" "Mi último
amor!" Pero ahora, y sobre todo si era en
presencia de Juan ó de Alfonso, mostrábase
contrariada cuando le hablaban de su no
vio, quien disgustado de que la chica no
contestara, había terminado por no escri
birle ya.

— Ya lo sabes? Esto te proba
Bien coqueteaba Concha con el Juanito,

quien no salía de la casa de sus primas, las acompañaba á todas partes, y tarde á tarde las llevaba al bosque.

Como la monologuista era simpática y muy zalamera, don Juan, doña Carmen y María estaban encantados con el carácter ligero y bullicioso de la muchacha. Supieron que era pobre, y la colmaron de atenciones y de obsequios. Tuvo vestidos, guantes y sombrerillos que María y doña Carmen le regalaron; don Juan la obsequió con unos pendientes de perlas; Juan le mandaba dulces y flores, y hasta Alfonso se mostró dadivoso con la joven, á quien ofreció ricamente encuadernados, libros de Alfonso Daudet y una obrita de Coquelin, acerca del arte dramático, libro que fué muy del agrado de la señorita.

Margot y Elena se excusaban frecuentemente de ir á la Opera, pero Conchita no faltó ni una sola noche, y cuando no iban sus amigas se quedaba en la casa de don Juan. Cenaba allí frecuentemente, y después de la cena recitaba en el salón poemas de Velarde y de Campoamor. Dejábale cortejar de Juan, lo cual, muy á pesar de la aparente y calculada indiferencia de Elena, no era del agrado de ésta. La pobre ceguezuela no se daba cuenta de las coquetterías de Conchita; pero Margot le habló de ellas y le dijo:

—¿Ya lo sabes? Esto te probará que no

debes dar oído á las palabras amorosas de Juan.

—¡Tú siempre con el mismo tema!— respondióle la ciega.—Mi indiferencia... te probará que no me intereso por Juan, como tú supones...

Doña Dolores se felicitaba de las coquetterías de Conchita Mijares, é insistía en detener á ésta, con objeto de que Elena se convenciera de la falsedad de los afectos de su primo.

Conchita deseaba no volver tan pronto á Pluviosilla; doña Dolores la detenía, y la familia de la chica, á su vez, cedía, regocijada y sabedora del disgusto de Oscar.

La monologuista subía y bajaba con María y con los hermanos de ella, y la insípida muchacha encontró en la Mijares una compañera muy agradable y complaciente, que ni era molesta como la ciega, á quien había que traer y llevar como á una chiquilla, ni tan grave y discreta como Margot.

El mayor placer de Conchita era presentarse en el palco con la familia de don Juan, é ir á la Reforma, todas las tardes, en landó abierto.

La contrariaba, sí, el no poder presentarse en el teatro tan ricamente ataviada como María; mas, por fortuna, los obsequios de su amiga y de doña Carmen vinieron á sacarla de penas, y, en dos ó tres días, con

ayuda de Margot, los vestidos quedaron hechos.

María, por su parte, se mostró de lo más delicada, y ya por rasgo de pura bondad en favor de su amiga, ya porque no creía que la Opera tuviera en Méjico las mismas exigencias que en París, iba al teatro muy sencillamente ataviada. No llevaba ricas ahajas.

—¿Para qué?—dijo—; Ya sabe todo el mundo que las tengo!

Y en el paseo, en el palco, en la mesa, en todas partes, seguía el flirteo con Juan, y era constante el palique, con desaprobación de Linares, provocando gestos del Canónigo y haciendo reír dulcemente al P. Grossi, que al ver aquello decía para sus adentros:

—¡La gioventú! ¡La gioventú!

Y hasta llegó á indicar que invitaría á la Conchita para que recitara un monólogo en una fiesta que tenía proyectada, á beneficio de la obra de su ermita de San Francisco de Sales, como el buen italiano de cía siempre.

Mientras tanto, Alfonso se mostraba de lo más discreto en sus amores con Margot. La seriedad de la joven, cuya dulzura y cuya rubia belleza tenían loco al muchacho, eran un poderoso estímulo á nobles ideales y á sencillas, pero graves aspiraciones. Nada de apasionamientos líricos; nada de ga-

lanteos frívolos; nada de miradillas mortecinas ni de romanticismos cursis.

Margot estaba en su puesto; Alfonso en el suyo, y ni el más perspicaz se habría dado cuenta del amor del joven y de su blonda prima.

Juan, muy ocupado en atender á Conchita, no era para su primo Pablo mefistofélico tentador, y el mancebo, con gran satisfacción de doña Dolores, volvió á su vida metódica, y á su laboriosidad genial.





LVIII.

No tardó en contestar el P. Anticelli.

✦ Pluviosilla, septiembre 30 de 1894.

Sra. Da. Dolores Buruaga de Collantes.—Méjico.

Hija mía:

Hasta hoy puedo contestarte tu carta del día 21, porque he estado enfermo diez ó doce días, y tan mal, que ni he dicho misa. Ya esta máquina anda mal, cada día peor, y á mis setenta y tantos años todo se vuelve achaques y dolamas. Pídele á Dios por mí, para que me dé una buena muerte.

Quedo enterado de lo que me dices; ¡Buen offato tengo yo! Pon á esos afectos oportuno remedio.

Lo otro no me parece malo; pero no hay que fiar.

Respecto á Pablo, lo que debes hacer es llamarle al orden dulcemnte. No le irrites, y confía en Nuestro Señor.

Todo esto, como recordarás, me lo imaginé yo. De ello te hablé. Por cierto que observé que te contrariaban mis dichos.

Si ese mozo no entra por el camino recto, habrá que disponer las cosas de modo que vuelva á su antiguo empleo. Te hablé de los peligros de las grandes ciudades. La vejez sabe mucho. O, como ustedes dicen, más sabe el Diabolo por viejo que por diablo.

¡Que Dios os bendiga, hija mía!

A tus oraciones se encomienda este pobre viejo, tu servidor y capellán.—ANTI-CELLI, S. J.

La carta del jesuita llegó en momentos en que doña Dolores estaba muy tranquila. La conducta de Pablo la tenía satisfecha, y las coqueterías de Conchita con Juanito, serían, á juicio de la buena señora, motivo suficiente para que Elena, que no ignoraba lo que pasaba, prescindiera de su primo.

—¡Pobre P. Anticelli!—pensaba.—Por fortuna está conjurada la tormenta!

Al volver Pablo del despacho trajo una carta del General Surville. Las niñas estaban en Méjico con Ramón. Habían ido á traer á Conchita Mijares, á quien María había retenido el día anterior.

Doña Dolores y su hijo leyeron la carta.

En ella decía el General Surville, que en virtud de las facultades que Eugenia le había concedido en el testamento, había puesto ya á disposición de don Juan la cantidad de veinticinco mil francos, mas otros diez, que él, por su parte, en memoria de su esposa, agregaba al legado de esta; que Eugenia había dispuesto que tal cantidad la recibiera doña Dolores, como la habría recibido don Ramón, con destino á toda la familia, y para que formara, por decirlo así, parte de la fortuna paterna; que igual destino daba á los veinticinco mil francos del aumento; que el dinero había sido entregado ya al cajero de don Juan en París, con orden de que el capitalista lo entregase en Méjico á doña Dolores; que, además, Eugenia había ordenado se remitieran á sus sobrinas algunos encajes, cuarenta metros de ellos, los cuales habían sido entregados también al cajero.... Los encajes estaban valuados en dos mil francos.

Doña Dolores, bañada en lágrimas de agradecimiento, acabó la lectura de la carta, é inmediatamente dictó á su hijo la contestación.

—Con ese dinero—dijo al concluir, y mientras el muchacho le presentaba la pluma para que firmara,—con ese dinero, que,

según me dices, casi quedará duplicado por el cambio, habrá para vivir modestamente; volveremos á Pluviosilla, volverás á tu empleo.... y Dios dirá....

—No me opondré á ello, mamá—dijo el joven—si allá vive usted contenta, volveremos á Belchite!

—Sí; y cuanto antes mejor.... Ya hablaré con Juan.... Le suplicaremos que....

—Sí; negociaremos el giro.... Y los encajes.... ya vendrán!

—O que nos dé el dinero....

—Sí; pero con abono del cambio....

—Compraremos casas en Pluviosilla... Viviremos en una.... y las otras nos darán una rentecita segura. Tú trabajarás; Ramón acabará la carrera... Y conformémonos con nuestra suerte, que para vivir felices poco necesitamos! Mañana hablaré con Juan. Indícale esta tarde algo del asunto.... y recoge y entrega esa carta que está allí en el tarjetero y llévasela á Concha. Me temo que María la detenga.

—No será María quien lo haga.... Juan será quien obligará á María á detener á Concha.... ¡Ya deseo que se vaya! ¡No he visto criatura más coqueta!

—¡Es cosa de su carácter!

—¿Carácter? Jure usted que ya se mira casada con Juan. Yo quiero mucho á mi primo, mamá; pero le conozco muy

bien.... No se casará jamás, y menos con una muchacha así como Concha.... Juan no ha nacido más que para vivir de fiesta en fiesta, de placer en placer! Si algún día se le ocurre casarse, será con una rica.... Es ambicioso, pero no trabajará nunca. Gastará lo que herede.... y entonces ya procurará casarse con alguna rica heredera....

—Por Dios, hijo mío.... que no cultives mucho la amistad de tu primo! Trátale bien, pero sin esa intimidad que veo en ustedes....

El joven se sonrojó.

—¡No, mamá! ¡No tema usted!—exclamó, abrazando á la señora.—¡No!—repitió, y le besó la frente!

